

## Editorial

## La religión

Manuel Quijano

Como fenómeno raro, después de la publicación de los dos últimos editoriales, tuve varios llamados y cartas extrañándose de mis conceptos o refutándolos. No como disculpa ni desconocimiento de ellos, deseo hoy ofrecer algunos complementos de esas ideas que los mencionados correspondentes, probablemente aprobarán.

Creo que en otras contribuciones mías, en esta misma columna, he dejado claro que considero que el hombre tiene dentro de sí y muy arraigado, un *sentido de lo sagrado* y la religión cae en esa categoría de sentimientos. Desde el más primitivo que concede un valor grandísimo a sus fetiches y a sus ídolos, y es capaz de defenderlos con su vida, hasta Beethoven, Gandhi o Einstein cuya obra de búsqueda desinteresada de la verdad, de la justicia o de la belleza, son ejemplos de que en el origen de sus obras está ese sentido de lo sagrado; podría agregar a esa lista la veneración que Platón tuvo por la idea del bien y, entre nosotros, la vocación a la Medicina.

El marxista ateo dispuesto a dar su vida o su libertad por el altruista ideal de una sociedad sin clases, así como el hombre de ciencia que prefiere sufrir persecuciones y desempleo antes de profanar lo que él cree su verdad, o el artista menesteroso que rechaza directrices que alterarían su devoción a la belleza, son igualmente ejemplos de personas conscientes del sentido de lo sagrado y se les puede calificar de hombres religiosos. Igual que la poesía y otras cosas vivas humanas, la religión no puede definirse con exactitud, como por otra parte, tampoco puede distinguirse o separarse completamente de la ética, la estética y la política.

Todo ser humano desde que tiene uso de la razón, vislumbra un misterio fuera de él, reconoce su insignificancia frente al universo, desea explicarse la naturaleza con sus fenómenos incomprensibles a veces agradables como la primavera, a veces catastróficos, agradece la existencia de la luz, el calor, la vida propia y de sus seres amados, sabe que tarde o temprano tendrá que morir y acepta respuestas vagas a todo ello; reconoce un Orden en todo lo anterior e inventa ceremonias y ritos para reconfortarse. Esto es la religión que, aunque tiene un aspecto racional en sus fundamentos (puesto que es una respuesta a interrogantes serios), no constituye una materia intelectual. Por otra parte como la naturaleza humana es fundamentalmente la misma en todas las latitudes, hay en la necesidad y en la esencia de todas las religiones un denominador

nador común, aparte de semejanzas en los rituales, tradiciones, costumbres y supersticiones. El denominador común es la *necesidad* de la Fe.

La repetida imagen del salvaje feliz sin inhibiciones ni complicaciones, con un libre espíritu de niño, es falso. Hay algo que no le satisface en su corazón, hace especulaciones sobre lo invisible, sobre su pequeñez y sus intenciones de vivir rectamente. Y el civilizado, igualmente, sabe que su comprensión es limitada, está informado de valores absolutos y se pregunta sobre fenómenos suprasensibles que, a veces, califica de sobrenaturales. Pocos hombres hay que no veneren algo, que ignoren que existen valores absolutos que conllevan obligaciones, que no sepan que existen la amistad, el altruismo, el heroísmo, que no se sientan intimidados o apremiados al reconocer su propia conciencia, la belleza, el amor y la lealtad. Hay inclusive quienes llegan al misticismo, al ascetismo o a una mera devoción extrema y como el espíritu divino es en sí mismo el ideal de la perfección ética, hay quienes, en el anhelo de identificarse con él desean poder establecer una comunicación directa e inmediata con lo más noble y elevado. Todo ello tiene un aspecto saludable y reconfortante, aunque a veces se exagera y se convierte en tendencias neuróticas que generan sufrimiento.

Las religiones difieren en el acento o proporción conferidos a ciertas ideas, pero arraigan en una naturaleza común: algunas apuntan a meditar sobre necesidades y demandas del espíritu, otras a la forma de pedir ayuda sobrehumana y otras al deseo de conocer más directamente a Dios, a lograr una suerte de unión con la divinidad, que supere las relativamente fáciles como el perdón, la purificación y la confesión; sin olvidar la pregunta de siempre, de qué pasará después de la muerte. Hay quienes dicen que si existe esa sed de amor “sublime” en el ser humano, es imposible que no haya algo que corresponda a la necesidad innata (recordemos que las endorfinas se descubrieron al constatar que había receptores en la membrana de la neurona que aceptaba las drogas y se dedujo que la naturaleza no podía haber creado una “cerradura exacta” si no había llave que embonara). El argumento podría tener fuerza si se piensa que la vida sería una sinrazón si nada correspondiera a los deseos (y experiencias) espirituales del hombre... Pero los deseos y sentimientos no son instrumentos de medida de la Verdad.

Además hay cierto tipo de religiones que atraen específicamente a ciertos temperamentos, puesto que en su creación interviene el subconsciente y se manifiestan por creencias, ideas, actos y ceremonias; así hay construcciones más apropiadas para el místico hindú, o para el práctico norteamericano, para el especulativo alemán, o el respetuoso y jerarquizado mesoamericano. Pero la religión no es materia de temperamento, ni siquiera de especulación, sino la respuesta a una cierta realidad suprasensible, de la cual la mayor parte de los hombres tienen conciencia; un intento de llenar aspiraciones y purificar intuiciones, de satisfacer la razón... y el corazón.

Hay religiones “de razón” y religiones “de revelación”. Las primeras brotan de reflexiones del hombre sobre la vida y la naturaleza; las segundas proclaman que ha existido una revelación desde lo alto, pero en todos los tiempos y en todas las religiones los hombres han tenido conciencia de Dios a través del orden de la naturaleza. Ambas pueden insistir en lo ético, pero en las segundas tiene que crearse un mito. Esto es ambiguo, pues las religiones místicas no son enteramente irracionales, y las de razón nunca están completamente libres del mito ni carentes de una cierta revelación de lo divino. Si entendemos por razón la facultad de pasar lógicamente de una proposición a una siguiente, la creencia en un orden moral o en una Providencia que reivindica la Verdad y el Bien (lo cual es válido), no es un dictado de la razón sino un brote de fe. El anhelo del corazón humano, sus necesidades, su impotencia o la gracia salvadora, no pueden lógica o racionalmente atribuirse a la condescendencia de Dios, sino a través de un mito que puede ser bello y casi universalmente aceptado, porque el mito es una forma muy humana de expresarse.

Si se ven en conjunto muchas religiones (la brahmánica, la budista, la islámica, la mesoamericana, Zoroastro, Epicuro, el neo-platonismo, el judaísmo y la teología cristiana), todas contienen dos polos, de creación y redención, y se constata cómo las bellezas, las sublimidades o los paroxismos de la Naturaleza o, en algunos casos la historia, hablan al hombre misteriosamente y acaso en forma confusa, pero inequívocamente de Dios. El ideal de perfección ética es al mismo tiempo un ideal para identificarse con él. Y la conciencia o la tendencia natural a cumplir con el deber, la inclinación a vivir en armonía con los semejantes, la observación de un orden moral, hablan igualmente al hombre de un Dios de rectitud. Hay momentos en que *no podemos menos que lamentarnos* que ciertas experiencias de la vida y de las observaciones “científicas” del mundo religioso, pues todos somos religiosos en cierta medida; hay momentos en que existe una absoluta necesidad de establecer algún contacto interno con lo celeste, evidente por sí mismo pero incomunicable a los demás; por ello se han inventado los mitos.

En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos sobre la existencia del hombre; es una manifestación cultural totalmente humana, un producto espontáneo de la psique y, según Freud y Jung, los mitos son los mismos desde la más primitiva de las comunidades. Un ejemplo, la adoración del sol no tan sólo como objeto material sino como símbolo de un ente divino, cuya energía se manifiesta en radiaciones. Por otro lado, no hay un sistema único y final para la interpretación de estos mitos: Frazer, el de “La Rama Dorada”, considera que es un torpe esfuerzo primitivo para explicar la naturaleza, Jung lo consideró un sueño colectivo sobre las urgencias de la psique humana, y otros los entienden como un vehículo para llegar a intuiciones metafísicas. Las ceremonias tribales del nacimiento, la iniciación, el matrimonio, el entierro, la adquisición de un estado social, son impersonales, equiparables y las mismas hasta la modernidad.

Pero los deberes sociales, los cultos populares y el camino del deber provocan el deseo de exiliarse de la masa: es el primer paso de la búsqueda de uno mismo... pues la imagen interior no debe confundirse con el atuendo. Surgen así el ascetismo de los santos medioevales y de los yoghis de la India, los “misterios” de las iniciaciones, las filosofías de oriente y occidente, las meditaciones profundas y todas las técnicas para “dominar” la conciencia: el individuo no sabe hacia dónde se dirige ni qué es lo que lo empuja. Claro, en la actualidad los misterios han perdido fuerza y casi es general la aceptación de la “ley cósmica” que se expresa en términos mecánicos. La teología está de capa caída: un hombre puede aceptar todo lo que tenga que ver con Dios... pero no lleguen los eruditos a entrar en explicaciones. Se puede aceptar la Trinidad pero no los argumentos que se siguen de ella. Si la cultura es el espectáculo humano por excelencia, un mosaico de pluralidades, de exploraciones inagotables que a veces dan la impresión de caprichos o casualidades y otras de un orden profundo y coherente con un sentido en sí misma, tanto en la práctica como en el símbolo, podría decirse que, actualmente, *la mirada ecológica es más poderosa que la social o la cultural, ya que las incluye y las relaciona*.

Pero, insisto, para pertenecer a cualquier religión, se tiene necesidad de la Fe. Lo que decía en el Editorial intitulado “Crisis de las Religiones” no era que se desvanecen o desaparecen, sino que son sustituidas por valores menos valiosos como el éxito mundial, el monetarismo, la ideología política o los nuevos mitos de héroes de pacotilla. La vejez ha robustecido en mí la simpatía por la religión (aunque haya perdido la fe) pero amo las cenizas que quedan y las reconstituyo en mi memoria.